

# Obedecer es mejor que los sacrificios

1 S. 15:22-23, Sal. 40:6-8, Os. 6:6, Heb. 10:5-18

**David C. Dixon**

**Introducción:** Keith Green, hijo del movimiento de Jesús de los años 70, fue una especie de héroe en mi juventud debido a la forma tan dinámica en que salió a la luz por Cristo, con un talento tan formidable, y luego perdió trágicamente su vida en un accidente aéreo a la edad de 28 años. Pero hay diferentes tipos de tragedias. La historia de la vida de Keith Green fue trágica, pero también llena de redención porque Jesús sigue siendo glorificado a través de sus canciones y su testimonio. Uno de sus mayores éxitos se titulaba *Obedecer es mejor que los sacrificios*. El origen de esa canción se encuentra en nuestro pasaje de las Escrituras de hoy sobre Saúl, que fue uno de los personajes trágicos del Antiguo Testamento que encontró poca redención, ya sea en su propia generación o entre sus descendientes. Un hombre de gran estatura y potencial, fue ungido como primer rey de Israel, empezando con grandes esperanzas, pero su trágico defecto se hizo evidente demasiado pronto: tenía sus propios planes y estaba poco dispuesto a sintonizar sus oídos con la voz de Dios; simplemente no estaba abierto a seguir sus instrucciones. Así que cuando llegó la gran prueba en la confrontación con los amalecitas, ganó la batalla pero perdió la guerra. No cumplió las órdenes de Dios, sino que utilizó su propio criterio para resolver las cosas. Se le ocurrió un "plan mejor" (en su opinión): se quedaría con el botín de guerra, alegando que era para un "sacrificio a Dios", dando a su razonamiento egoísta una racionalización espiritual altisonante. Dios sabe mejor que nosotros cuando intentamos hacer eso —Él ve a través de nuestras ingeniosas justificaciones para hacer nuestras cosas (lo cual, tristemente, es nuestro modo por defecto).

**1)** Los amalecitas fueron el primer pueblo en atacar a Israel poco después de que cruzaran el Mar Rojo (Ex. 17). Dios sabía que serían una fuente de corrupción para los israelitas, descarriándolos, infectándolos con la idolatría y todo tipo de inmoralidad (incluso el sacrificio de niños). Así que el juicio de Dios sobre esta gente y todas sus pertenencias fue "anatema" (apartado para la ofrenda de sacrificio). Pero la tentación era demasiado fuerte para Saúl, como le explicó a Samuel: ***“Dejaron con vida a las mejores ovejas y vacas para ofrecerlas al SEÑOR tu Dios, pero todo lo demás lo destruimos.”***(v. 15). Sin embargo, el v. 9 dice que solo destruyeron ***“lo que era inútil y lo que no servía”***. Por supuesto, la justificación de Saúl no convenció a Samuel, que le dijo que pronto le arrancarían el reino de las manos:

***“¿Qué le agrada más al Señor: que se le ofrezcan holocaustos y sacrificios, o que se obedezca lo que él dice? El obedecer vale más que el sacrificio, y el prestar atención, más que la grasa de carneros.”*** Obedecer" tiene la misma raíz hebrea que el "shema" israelita (el credo de Dt. 6:4-5), que significa oír, escuchar, prestar atención, atender, comprender, obedecer; o como alguien lo expresó, "escuchar tan claramente, que lo entiendes tan bien, que actúas de acuerdo con lo que escuchas". La diferencia entre nuestra interpretación y la hebrea es que oír no está separado de la acción de prestar atención y actuar. Mi propio problema con la "obediencia" cuando era joven era que me sonaba a legalismo, a ceñirse siempre a las normas, a no pensar nunca más allá de lo establecido,

a ser demasiado estricto. Algo muy dentro de mí se rebelaba contra la idea de la obediencia... hasta que aprendí su verdadero significado: obedecer viene del latín *ob + audire*, que significa escuchar en una dirección determinada; la raíz griega es similar: *upo + akoúô*, que significa escuchar desde abajo (¡como si recibieran órdenes de arriba!). Así que la obediencia tiene que ver con **quién tiene tus oídos**: ¿a quién escuchas, a quién haces caso, a quién prestas atención? Pablo dice que seremos esclavos de quienquiera que obedezcamos, ya sea del pecado o de la justicia (Ro. 6:16), y el fruto de tu vida corresponderá a quienquiera que sea tu amo.

**2)** Entonces, ¿por qué Saúl no estuvo a la altura de las circunstancias para ser rey de Israel? ¿Por qué su vida fue una tragedia? Porque estaba atascado en su propia gloria, ¡en la conservación y mejora de su buena imagen! Nunca había tenido una visión clara de la gloria de Dios, así que nunca le dio a Dios su lealtad más profunda (¡su corazón y sus oídos!). ¡Trágicamente, influenciaría a otros a su alrededor en la misma dirección! Esta sería la historia de la vida de Saúl. No tiene que ser tu historia, pero tienes que hacer frente a la misma decisión que Saúl: ¿Quién "tendrá" tu oído? ¿A quién escuchas de corazón? ¿Los criterios de quién dominarán tu vida? El Antiguo Testamento ya había dejado claro que el principal interés de Dios no eran los sacrificios que pudiéramos hacer. El testimonio de David en el Salmo 51 era una profunda reflexión de su experiencia personal: **"Tú no te deleitas en los sacrificios, ni te complacen los holocaustos; de lo contrario, te los ofrecería** [aunque, como señala el escritor de Hebreos, se ofrecían según la ley]. **El sacrificio que te agrada es un espíritu quebrantado; tú, oh Dios, no desprecias al corazón quebrantado y arrepentido"** (vv. 16-17). Y en el Salmo 69 da un testimonio semejante: **"Con cánticos alabaré el nombre de Dios; con acción de gracias lo exaltaré. Esa ofrenda agrada más al Señor que la de un toro o un novillo con sus cuernos y pezuñas"** (vv. 30-31). (Los toros y las cabras no son agentes morales, por lo que no podían transmitir el perdón; solo podían simbolizar lo que Dios haría). Finalmente, el profeta Oseas lo resumió así: **"Lo que pido de vosotros es amor y no sacrificios, conocimiento de Dios y no holocaustos"** (Os. 6:6; cf. Mt 9:13; 12:7).

El testimonio de David en Sal. 40:6-8 refuerza la misma lección (luego compararemos el uso que se hace de ese salmo en Heb. 10:5-10): **"A ti no te complacen sacrificios ni ofrendas, pero has abierto mis oídos para oírte"**. ¿Qué deleite real podía encontrar el Señor en los holocaustos y sacrificios? Eran meras observancias rituales que representaban realidades más allá de ellos mismos. Pero "oídos para oírte" –¡eso es lo que alegraba a Dios! Sin embargo, la traducción aquí es un poco complicada. El verbo hebreo *karah*, que se traduce como "abrir", significa en realidad sacar, extraer, excavar; algunos intérpretes lo asocian con la perforación de la oreja de un siervo contratado si decidía permanecer como siervo en la casa de su amo (Ex. 21:5-6). Pero personalmente me parece más convincente otra interpretación relacionada con los conductos auditivos que se llenan de cera y necesitan ser "excavados" ¡para que no haya nada que obstruya el mensaje! ¡Oír debe significar obedecer! Entonces la Septuaginta (traducción del hebreo al griego del siglo III a.C.) interpretará el texto hebreo en el sentido de "oídos que me preparasteis". Así que el escritor del NT a los Hebreos, cuando cite este pasaje, pensará que se está utilizando un recurso literario llamado sinécdoque –el todo representado por una parte–, de ahí que, en lugar de solo oídos, traduzca: "un cuerpo me has preparado". Por supuesto, él ve aquí una profunda aplicación Cristológica: este salmo **apunta claramente a la encarnación** y cómo Jesús pondrá en práctica el verdadero deleite de Dios, Su voluntad en acción. Lo que Jesús oye es la asombrosa bondad y verdad de Dios, su fidelidad y salvación (Sal. 40:9-10), que, en el verdadero espíritu del Sal. 40, procede a anunciar al mundo, ¡incluso y especialmente mientras está siendo crucificado!

**3)** Jesús es nuestro paradigma en todas las cosas: Solo tenía oídos para la voz y la voluntad de su Padre. Sabía que su misión no consistía principalmente en las observancias religiosas que debía cumplir, sino en **restaurar la relación**. Sabía que el deleite de Su Padre no se centraba en las ofrendas por el pecado y los sacrificios, sino en esa relación de perfecto amor y lealtad entre ellos, que Él quería extender a Sus amadas criaturas hechas a Su imagen. Así pues, la vocación de Jesús nunca fue de

naturaleza legalista, sino personal y relacional. El sacrificio es una función de la relación; Él hizo Su sacrificio por amor –no para cumplir algún requisito forense, sino para rescatar nuestras almas de las manos del enemigo (Lc. 11:21-22). *Esta* fue la gran "sustitución": Eligió morir en nuestras manos en lugar de llamar a doce legiones de ángeles para que nos dieran nuestro merecido. Se sacrificaría por nosotros, dejando que le torturásemos y matásemos, y **Su respuesta sería nuestra expiación, Su vida el precio de nuestro rescate, Su victoria en aquella cruz el medio de nuestra reconciliación,** porque era *la única manera de derrotar a nuestro enemigo*: enfrentándose a él en su propio terreno en ese enfrentamiento final a muerte. Así destronó al príncipe de este mundo y nos libró de su poder. Era lo que simbolizaban todos esos sacrificios del Antiguo Testamento –que Dios mismo haría el sacrificio definitivo, entregando su propia vida humana ante nuestra rebelión, personalizando nuestro perdón en Su Hijo, como ninguno de esos sacrificios de animales podría hacer jamás. Así que sacrificarse a Sí mismo no era cumplir con algún requisito legal para compensar a Dios por nuestra falta de obediencia. Sacrificarse a Sí mismo tenía que ver con **"nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos"** (Jn. 15:13), de hecho, incluso por nosotros, sus enemigos (Ro. 5:8). *Esa* es nuestra salvación, y cuando Jesús realmente tiene tu oído, esa es toda la motivación que necesitarás para la obediencia en la vida cristiana.

El perdón es relacional, no transaccional; es personal, no legalista. El perdón de Dios no fue una especie de transacción legal entre el Padre y el Hijo, porque nuestro problema con el pecado no tenía que ver principalmente con quebrantar la ley de Dios, ¡sino con quebrantar la alianza! Fuimos **infieles en la relación**: ¡traicionamos al mejor Amigo de la humanidad! ¡Y Él se dio la vuelta e hizo ese increíble sacrificio que nos sacó de apuros a todos! Recibir ese regalo es lo que significa confesar Su nombre. Era exactamente lo que necesitábamos en nuestras vidas: alguien que se ocupara de nuestro problema de culpa y se enfrentara al matón que nos pisoteaba. Y Jesús logró ambas cosas con un golpe enorme: Hebreos dice que con un solo sacrificio por los pecados ha hecho perfectos para siempre a los que está santificando (v. 14). ¿Y cómo lo hizo? El v. 18 lo deja claro: **"Y, cuando estos [los pecados] han sido perdonados, ya no hace falta otro sacrificio por el pecado."** ¿Pero crees que no parecía que Jesús se estuviera enfrentando al matón? ¿Sino más bien que Jesús estaba siendo pisoteado? Fíjate bien. Nunca se vence a un matón en sus propios términos; hay que atraparlo en su propio juego, sorprenderlo y ser más astuto que él, que es lo que Jesús estaba haciendo en la cruz: ¡por la fe somos reintegrados allí en el favor de Dios, y el enemigo ya no tiene nada de qué acusarnos! Satanás nunca imaginó que Jesús se sometería a todos los horrores del corazón humano y seguiría amándonos; ¡nunca imaginó que Jesús pasaría por toda esa miseria y seguiría siendo tan bondadoso, creyendo aún en nuestra redención! ¡Jesús estaba deliberadamente poniendo Su poder personal a nuestra disposición al reinar sobre toda esa basura en nuestras vidas! ¡Por amor a nosotros!

**Conclusión:** Así pues, ¿por qué no sintonizar tu oído a esta voz? ¿Por qué no invocarlo como Señor y Rey? No estamos diciendo que no haya lugar para el sacrificio en tu vida. Solo que no puede ser tu primer instinto. Necesitas tener la razón correcta para sacrificarte, como lo hizo Jesús. Jordan Peterson define el sacrificio como **"renunciar a algo valioso en el presente para poder mejorar el futuro."** A menudo las cosas que nos impiden avanzar en nuestra vida cristiana son nuestro apego a cosas presentes a las que ya no deberíamos seguir apegados. Así que si NO estás avanzando en tu crecimiento espiritual, hay una alta probabilidad de que tengas algunas ideas, patrones de comportamiento o hábitos de los que estás tan enamorado que no quieres soltarlos. Como el Rey Saúl, obsesionado con su imagen real, su popularidad, su necesidad de mantener todo bajo su control. Dios no tenía los oídos ni el corazón ni la atención de Saúl, ¡así que este siguió posponiendo la madurez! Al acercarnos a esta mesa de comunión esta mañana, ¡haz que sea una expresión de tu anhelo de madurez! Pídele al Señor que te saque la cera de los oídos, –¡que te los destape!– para que puedas oír la Única Voz que importa –¡y obedecer!